



## **XVIII ANIVERSARIO IN MEMORIAM POR FERNANDO BUESA Y JORGE DÍEZ**

**“Significar. Significado. Significarse.”**

**XVIII. URTEURRENA  
FERNANDO BUESA ETA JORGE DÍEZ OMENTZEKO IN  
MEMORIAM EKITALDIAK**

**“Esan-nahi. Esanahia. Esan nahi”**

**22 DE FEBRERO DE 2018**

**Museo Artium de Vitoria-Gasteiz**

**INTERVENCIÓN DE VICTORIA CAMPS**

**HACIA LA CONVIVENCIA A TRAVÉS DE UN LENGUAJE COMÚN**

“El terrorismo ha terminado ya. Ahora hace falta recuperar una convivencia soportada en valores y expresada en palabras compartidas, que nos digan lo mismo a todos y que llamen a las cosas por el nombre que tienen las cosas”.

El párrafo citado pertenece a la presentación hecha por la Fundación Fernando Buesa para ilustrar el sentido de este acto. Lo tomo como punto de partida de la reflexión que me propongo hacer aquí como incitación para recuperar la convivencia sobre la base de unos valores y palabras compartidas. Convivir no es coexistir, como decía Sara Buesa en una entrevista reciente, sino “vivir en común”, compartir unos ideales o unos valores y expresarlos a través de un lenguaje verídico, que se esfuerce por expresar con el máximo rigor y exactitud posible la realidad de lo vivido, un lenguaje que no oculte ni enmascare la atrocidad y el horror de la experiencia terrorista.



Es fácil utilizar las palabras para falsear la realidad. No sólo ahora, que vivimos instalados en la posverdad y la aceptamos como una especie de desviación comunicativa ineludible. Las palabras no sólo nombran cosas que poseen una existencia material; también nombran ideas y construyen ideologías, cuya correspondencia con los hechos o con lo que ocurre es más difícil de verificar. Las ideas morales, han dicho los filósofos, tienen un significado difuso e indeterminado. Bajo palabras como “justicia”, “paz” o “libertad” podemos entender cosas distintas con las que no todos concordamos. Por eso hay que ser muy cautos en el uso de tales vocablos y someterlos constantemente a crítica. Thomas Hobbes, el teórico del contrato social, escribió en el *Leviatán* que “los nombres de las cosas que nos afectan, es decir, que nos placen o incomodan, tienen en los discursos habituales de los hombres una significación inconstante, porque no todos los hombres se ven igualmente afectados por la misma cosa, y ni siquiera el mismo hombre lo es en todo momento”. Admitir esa inconstancia, sin embargo, no debe llevarnos a la aceptación del relativismo, sino a ser cautos con las palabras teniendo en cuenta que muchas veces reflejan más los intereses de quien las pronuncia que la naturaleza de las cosas. A propósito de las virtudes y los vicios, por ejemplo, “un hombre llama *sabiduría* a lo que otro llama *miedo*, y uno crueldad a lo que otro *justicia*; uno *prodigalidad* a lo que otro *magnanimidad*, y uno *seriedad* a lo que otro *estupidez*”.

Lector y buen conocedor de los historiadores griegos, seguramente Hobbes recordaba las célebres palabras de Tucídides a propósito de las guerras griegas, guerras que no sólo dividían a una ciudad de otra, sino distintas facciones dentro de la misma ciudad, porque transmutaban el valor de las cosas: “la guerra, al destruir las costumbres de la vida cotidiana, es un maestro violento, y asimila el carácter de muchos hombres a las condiciones de su entorno... Los valores habituales de las palabras cambiaban a medida que los hombres se otorgaban el derecho a usarlas a su antojo para justificar sus



acciones: el atrevimiento irracional era denominado coraje y lealtad al partido, una demora prudente devenía engañosa cobardía; la moderación y el autocontrol pasaron a ser vistos como encubrimiento de la timidez... El aplauso, en una palabra, lo recibía quien destacaba primero con un acto reprobable y quien animaba a los demás para perpetrar algún crimen”.

Efectivamente, desde siempre se ha visto que el lenguaje puede ser y es un instrumento del poderoso para dominar y manipular. Son célebres las palabras del personaje de *Alicia en el país de las maravillas*, Humpty Dumpty cuando dice que para conocer el significado real de una palabra lo que importa es saber quién manda.

Edgar Morin acuñó la expresión “imaginario colectivo” para referirse al conjunto de mitos, símbolos, ideas o argumentos que configuran algo así como una mentalidad, una visión de la sociedad cuyos miembros comparten. Los medios de comunicación cada vez más omnipresentes contribuyen muy directamente a fabricar ese imaginario que puede estar lleno de engaños y prejuicios que raramente afloran si nadie se preocupa de analizarlos a fondo. El imaginario colectivo es como una lluvia fina por la que va calando en los individuo la manera de ver la realidad que interesa al discurso dominante. Los imaginarios se contagian por inmersión, no hace falta dar explicaciones de por qué un término ha sido sustituido por otro o denomina una realidad que no todo el mundo ve de esa manera. Las palabras que nombran realidades complejas nunca son inocentes, pero quien quiere imponerlas se guarda mucho de desvelar el interés que hay detrás de ellas.

Se ha hablado a menudo del terrorismo como una forma de totalitarismo que trata de impregnar a toda la sociedad con un pensar y un decir homogéneos. Los regímenes totalitarios han sido especialmente efectivos en construir un lenguaje que configura una percepción uniforme de la realidad sin que los individuos perciban la intención totalitaria. Así Victor Klemperer, en *La lengua del Tercer Reich*, cuenta cómo el ambiente nazi se fue propagando en Alemania de una forma soterrada y sutil. Llegó un momento en que las



personas más limpias “se habían impregnado del elemento del veneno nazi”. A Klemperer le sorprende el comentario de Frieda, una compañera de trabajo, que al preguntarle al escritor por la salud de su mujer, le dice: “Me han dicho que su mujer es alemana. ¿De verdad es alemana?”. Klemperer comenta: “Esa alma simplicísima, que sentía de una manera del todo humana y ajena al nazismo, se había impregnado del elemento básico del veneno nazi; identificaba lo alemán con el concepto mágico de lo ario; le parecía casi inconcebible que una alemana estuviera casada conmigo, con un extraño, con una criatura perteneciente a otro ámbito del reino animal, había oído y repetido demasiadas veces expresiones como ‘ajeno a la raza’, ‘de sangre alemana’, ‘de raza inferior’ [...]... su sentimiento no podía concebir que mi mujer fuera alemana”.

El problema de esa lluvia fina que hace que se tergiversen el lenguaje y la percepción de la realidad es que acaba por naturalizar lo que es una ficción que responde a intereses muy determinados. Se fabrica un lenguaje que exalta a los que tienen fuerza o poder para imponerse a la opinión pública (más aún cuando esa fuerza es fuerza física como ocurre con el terror). Así se propagan y exacerbaban sentimientos como el miedo, el odio, la vergüenza por no pertenecer al núcleo dominante.

El nacionalismo radical ha sabido crear un imaginario victimista al describirse a sí mismo como acorralado por la injerencia española. El victimismo es propicio a la construcción de una comunidad homogénea con vistas a conseguir un fin como el de la “arcadia vasca” o la “independencia de Cataluña”. La esperanza en llegar a esa meta que se presenta como un fin liberador es suficiente para la mente terrorista para justificar la eliminación de quienes no comparten el mismo objetivo. Y es fácil impregnar a la sociedad, sobre todo a los jóvenes, de ese fanatismo que no conoce obstáculos. Los nacionalismos –dice Stephen Zweig- tienen a su favor aliados muy poderosos: la escuela, el ejército, los periódicos, los uniformes, los himnos, el lenguaje. El rechazo del foráneo forma parte del discurso nacionalista en todas sus



manifestaciones. A través de expresiones caracterizadas por la ausencia de matiz descalifican a cualquiera que no forme parte del “nosotros”, sean inmigrantes, islámicos o “españolistas”.

Un trauma como el que se ha vivido en el País Vasco y en el resto de España con el terrorismo de ETA no acaba ni se supera con el fin del terrorismo. Fernando Aramburu ha dicho que el relato de la neutralización operativa de ETA debe extenderse también a la narrativa: hace falta la “derrota literaria” de la banda armada. Añadiría que no sólo literaria; la derrota tiene que ser política, social y moral. Hace falta elaborar un discurso crítico que desactive todos los prejuicios, las trampas y los engaños que han servido para diseñar el imaginario lingüístico. Deslegitimar el terrorismo en todos sus niveles implica devolver a las cosas el nombre que merecen: el terrorismo nunca fue un “movimiento emancipador”; un crimen no es un “accidente”; un asesinato no es un “muerto”; la extorsión al empresario no es un “impuesto revolucionario”; no existe un “pueblo vasco” ni un “conflicto vasco” porque Euskal Herria no es un territorio ocupado; no debe hablarse de un “proceso de paz” porque lo que ha habido es terrorismo y no una guerra; ETA no ha sido un “movimiento de liberación”, sino terrorismo puro y duro.

Deslegitimar el terrorismo no debe consistir simplemente en “pasar página” y tratar de olvidar lo ocurrido. A las víctimas de ETA se les debe un reconocimiento que vaya incluso más allá de la justicia, que sea reflejo de la adopción, por parte de la sociedad, de un lenguaje que dé cuenta de lo ocurrido de tal forma que quienes han sufrido directamente la violencia puedan reconocerse en el relato. La actitud para empezar ha de ser de autocrítica sin reservas. Autocrítica de lo que se ha hecho por parte de los violentos y de lo que se sigue haciendo aún ahora cuando la violencia ha cesado. Si, por ejemplo, se sigue homenajeando a los presos de ETA, ¿no se está legitimando a los terroristas?

Para que la autocrítica sea real y operativa, conviene que nos fijemos en los escollos que la han hecho difícil o imposible hasta ahora. A mi juicio, tales



obstáculos son básicamente los siguientes: 1) el miedo a ser señalado; 2) la indiferencia cómplice; 3) y el olvido.

1) Hay dos formas de miedo que se propagan cuando una ideología utiliza la violencia contra los que piensan distinto. En primer lugar, da miedo la violencia misma. Uno se calla, no se atreve a expresar su opinión por miedo a que los violentos se vuelvan contra quien los ataca. Es el miedo que explica que los empresarios extorsionados no denunciaran lo que ocurría. Pero además, en el caso de un terrorismo como el de ETA, que se presenta como un movimiento de liberación para todo un pueblo, hay otro miedo más sutil que es el que lleva a las personas a no opinar ni criticar por temor a la reprobación del colectivo dominante. Los violentos imponen un discurso unívoco, con el que quieren justificar el uso de la fuerza, y pocos se atreven a cuestionarlo. La existencia de las víctimas se hace incómoda, como es incómodo el enfrentamiento familiar. Uno evita ser tachado de españolista o reaccionario y ser aislado del grupo. Todo contribuye a callar y no tomar parte en el asunto. Lo dice muy bien Edurne Portela en *El eco de los disparos*: “En una sociedad como la vasca, en la que la mayoría ha guardado silencio ante la violencia, se podría decir que la fuerza con la que el fanatismo se apropia del lenguaje estriba precisamente en que aísla a los ‘no fanáticos’ a mantenerse en silencio”. El silencio es lo primero que cada uno debería atreverse a romper para considerar de qué forma hay que pensar y sentir la propia relación con los hechos ocurridos.

2) El silencio ante el terror es cómplice de la violencia; el daño perpetrado se convierte en un “mal consentido” por los que se muestran indiferentes ante el mismo. Utilizo la feliz expresión de Aurelio Arteta que da título al estudio más exhaustivo que se ha hecho sobre lo que él llama “la complicidad del espectador indiferente”. Como bien dice, aunque no se puede exigir que los espectadores sacrifiquen su vida por otros, sí que deberían saber que la indiferencia o la inacción de los no violentos es determinante para que el mal acabe triunfando. La indiferencia es la actitud de eludir el compromiso. Hoy



la llamamos “equidistancia”. Y aunque creo que la equidistancia es, en ocasiones, justificada, cuando las dos partes en conflicto tienen algo de culpa en la no resolución del mismo, la equidistancia nunca es legítima ni justa cuando una de las partes utiliza la violencia para imponerse sobre la otra. Los terroristas han hecho gala de un victimismo ficticio, sin fundamento. Las únicas víctimas, las de verdad, son las víctimas de la violencia.

3) Hasta hace muy poco, se desconocían muchos de los elementos que ha utilizado el terrorismo para mantenerse. Por ejemplo, son muy recientes los primeros estudios que analizan la extorsión sufrida por los empresarios vascos por parte de la banda terrorista. Uno de los primeros estudios realizados en profundidad es el coordinado por Izaskun Sáez de la Fuente, *Misivas del terror*, que explica con detalle cómo el hecho de que la sociedad llegara a interiorizar la violencia y asumiera su lógica invirtió las categorías éticas de tal forma que quienes estaban perseguidos y tenían que llevar escolta llegaron a ser vistos como culpables de su situación o como beneficiarios de ella. Se está haciendo un uso frívolo de la palabra “normalizar”. Una idea equivocada de lo que debe ser “normalizar” la situación puede llevar a olvidar mucho de lo que pasó. ETA no ha asumido públicamente su fracaso histórico ni ha tenido la valentía de confesar su error. La sociedad se merece un relato preciso de lo que ocurrió, un relato político y social, asumido por los principales representantes políticos, que desvele los engaños del imaginario creado por el nacionalismo radical y construya un lenguaje común donde los grandes valores que son el soporte de la convivencia recobren su auténtico significado.

El esfuerzo por recuperar un lenguaje común ha de estar motivado ante todo por el respeto debido a las víctimas. Mientras las víctimas sean un colectivo incómodo y aislado, el respeto no será efectivo. Respetar viene de *respicere*, “volver a mirar”: no se respeta a quien se mantiene al margen o a aquel cuya presencia y exigencias son vistas como un estorbo. Daniel Múgica se ha referido a la exigencia de una “reparación moral”. Entiendo que esta reparación debe implicar a todos los agentes sociales en el compromiso de no



olvidar lo que pasó, de mantenerlo vivo en el recuerdo como homenaje a quienes han sufrido personalmente los horrores terroristas.

Hay un concepto que cuesta introducirlo en nuestro vocabulario moral y político: responsabilidad. Ser responsable significa hacerse cargo de lo que ocurrió y no debería haber ocurrido. Además de la responsabilidad jurídica, debe haber una responsabilidad política que se ocupe de reconocer los valores perdidos, y una responsabilidad moral por la que la ciudadanía se comprometa y se empeñe de verdad en restaurar la convivencia. Asumir esa responsabilidad significa tratar de ir “más allá de la justicia”, un propósito sin el cual no se avanzará hacia una auténtica reconciliación.

Puesto que hablamos de la necesidad de construir un lenguaje común en el que pueda reconocerse todo aquel que no está dispuesto a justificar la violencia en ningún caso, es fundamental la complicitad de dos instrumentos que tienen en la palabra o en el lenguaje su razón de ser: los medios de comunicación y la educación. Una de las lacras de las sociedades democráticas es la proliferación de extremismos de todo tipo y la consiguiente radicalización de quienes se sienten atraídos por las posiciones extremas. El fanatismo atrae porque propone ideas simples y rotundas, construye identidades en torno a ellas, y lo hace no recurriendo a la razón ni al argumento, sino a la emoción. La educación es el primer ámbito que debería proponerse combatir esas adhesiones viscerales que encandilan a los más jóvenes. En cuanto a los medios de comunicación, pueden hacer mucho tanto para desactivar el odio y la polarización, como para ayudar a recordar un pasado que no es legítimo que olvidemos.

Reparación, reconciliación, perdón son palabras que afloran cuando el terror ha cesado. No sé si ninguna de ellas es el mejor vehículo para alcanzar la derrota política, social y moral del terrorismo. La muerte de un ser querido no se repara con nada; perdonar, reconciliarse son actos individuales necesarios en las relaciones privadas para mantener la convivencia. Pero el imaginario colectivo no cambiará si no existe una voluntad valiente de conocer, de decir,





de hablar sin cortapisas, de denunciar el sectarismo y la supremacía nacionalista. En eso consiste la responsabilidad frente al pasado: hacerse cargo valientemente de lo ocurrido sin seguir engañándose.



@Fundacion\_Buesa

#InMemoriamXVIII